

La posada Jamaica
Daphne du Maurier



Daphne du Maurier explicaba en una nota preliminar a *La posada Jamaica* (1936) que el establecimiento al que alude el título aún seguía en pie y que la novela era el producto de sus fantasías sobre cómo habría sido ciento veinte años antes. La acción arranca precisamente con un recuerdo clave de la imaginación romántica: un carruaje que atraviesa los páramos de Cornualles es zarandeado por la tormenta y en él una joven huérfana, Mary Yellan, se dirige al encuentro del único familiar que le queda, su tía Patience, que junto con su marido regenta una lóbrega y aislada posada de mala fama... a la cual el cochero apenas se atreve a acercarse.

Las tormentas, los paisajes desolados, los mares que rugen, los naufragios provocados, los bandidos y dos mujeres atrapadas en un rincón de Inglaterra sin otra ley que la de la violencia, componen la atmósfera de esta excelente novela, un auténtico clásico moderno que mezcla la fascinación por la oscuridad con una denuncia de la brutalidad doméstica. El terror y la agonía de habitar un mundo dominado por hombres sin escrúpulos –pero a quienes también visitan sus fantasmas– se unen a la recreación de un mundo donde la moral aparece y desaparece como un espectro. Fue llevada al cine por Alfred Hitchcock en 1939.

Nota al texto

La posada Jamaica se publicó por primera vez en 1936 (Victor Gollancz Ltd., Londres; Doubleday Doran, Nueva York).

Nota



La posada Jamaica es hoy un hotel entrañable y acogedor en el que no se sirven bebidas alcohólicas; se encuentra en la calzada que va de Bodmin a Launceston, un trayecto de unos treinta y dos kilómetros.

En la novela de aventuras que sigue he imaginado cómo podía ser hace ciento veinte años; y, aunque en estas páginas figuran nombres de lugares reales, los personajes y los acontecimientos que se describen son totalmente inventados.

DAPHNE DU MAURIER
Bodinnick-by-Fowey, octubre de 1935

Capítulo I



Era un día frío y gris de finales de noviembre. El tiempo había cambiado de la noche a la mañana, cuando un viento del norte trajo consigo un cielo de granito y una llovizna fina y, aunque eran solo poco más de las dos de la tarde, parecía que hubiera caído sobre las montañas, envolviéndolas en niebla, un desvaído anochecer de invierno. A las cuatro sería de noche. El aire, helado y pegajoso, se colaba en el interior de la diligencia, aunque las ventanillas estaban todas bien cerradas. Los asientos de piel desprendían humedad al tacto y debía de haber alguna grieta en el techo, porque a veces caían suavemente gotitas de lluvia que dejaban en la tapicería una mancha azul oscura como un borrón de tinta. El viento soplaba a rachas, a veces sacudía la diligencia al tomar las curvas, y en terreno elevado y a campo abierto embestía con tanta fuerza que el vehículo entero temblaba y daba bandazos sobre las altas ruedas como un borracho.

El cochero, tapado con un capote hasta las orejas, iba casi doblado en su asiento, en un débil empeño por protegerse con sus propios hombros, mientras los desalentados caballos avanzaban con desgana obedeciendo sus órdenes, tan vencidos por el viento y la lluvia que ni siquiera notaban el látigo que restallaba por encima de ellos cuando el cochero lo lanzaba con mano entumecida.

Las ruedas chirriaban y traqueteaban al hundirse en los surcos de la calzada, levantando a veces barro blando que salpicaba hasta las ventanillas, donde se mezclaba con la

lluvia incesante y enturbiaba sin remedio la escasa vista que del campo pudiera tenerse.

Los pocos pasajeros se arrimaban unos a otros para darse calor y proferían exclamaciones todos a la vez cuando el coche se hundía en un surco más profundo de lo normal; un hombre mayor que no había dejado de quejarse desde Truro, cuando subió a la diligencia, se levantó del asiento hecho una furia, se puso a toquetear la falleba de la ventanilla de guillotina hasta que la hoja superior cayó ruidosamente y la lluvia entró en tromba mojándolo a él y a los demás viajeros. Sacó la cabeza y empezó a maldecir al cochero a voces, en un tono agudo e irritado; lo llamó canalla y asesino y añadió que los mataría a todos antes de llegar a Bodmin si seguía conduciendo a esa velocidad de vértigo que les cortaba la respiración y que, desde luego, él jamás volvería a montarse en una diligencia.

Imposible saber si el cochero lo oyó o no; lo más probable es que el viento se llevara la retahíla de reproches, porque el hombre esperó un momento antes de subir otra vez la ventanilla, tiempo suficiente para que el interior del vehículo se quedara helado, y sentarse en su rincón con la manta en las rodillas, refunfuñando para el cuello de su camisa.

Una mujer jovial de rostro encendido y capa azul que viajaba a su lado exhaló un profundo suspiro de comprensión y, haciendo un guiño a quienquiera que estuviera mirándola y señalando al hombre mayor con un movimiento de cabeza, dijo por enésima vez que hacía una noche de perros, la peor que había visto en su vida, y había visto unas cuantas; que parecía pleno invierno y que desde luego no quedaba ni rastro del verano; después hundió las manos en las profundidades de su capazo, sacó un gran trozo de tarta y se lo zampó a dentelladas fuertes y blancas.

Mary Yellan ocupaba el rincón de enfrente, sobre el que caía la gotera del techo. De vez en cuando una gota helada

le daba en el hombro y ella se la quitaba con un gesto de impaciencia.

Apoyaba la barbilla entre las manos y miraba fijamente la ventanilla, salpicada de barro y lluvia, deseando con unas ganas desesperadas que se abriera un poco el denso manto del cielo y asomara siquiera un rastro del perdido cielo azul que ayer cubría Helford, aunque solo fuera un instante, a modo de heraldo de la suerte.

Sin embargo, a unos sesenta y cuatro kilómetros de lo que había sido su hogar veinte años, la esperanza había muerto en su corazón y el heroico coraje, que tan arraigado tenía en su ser y tanto la había ayudado en la larga agonía y muerte de su madre, flaqueaba ahora con estas primeras lluvias y el viento inmisericorde.

Estas tierras le eran ajenas, lo cual constituía en sí mismo una derrota. Miraba por la ventanilla empañada de la diligencia y, a solo un día de viaje, veía un mundo distinto del que conocía. ¡Qué lejanas quedaban ahora, y escondidas tal vez para siempre, las aguas brillantes del Helford, los montes verdes y los suaves valles, el puñado de casitas blancas a la orilla del agua! En Helford llovía suavemente, las gotas rociaban las abundantes arboledas y se perdían en la hierba exuberante, formaban arroyuelos y reguerillos que corrían hasta el ancho río o se hundían en la tierra que, agradecida, se lo pagaba con flores.

Esta otra lluvia fustigaba sin piedad, se clavaba en las ventanillas del carruaje y empapaba un suelo duro y árido. Aquí no había árboles, solo uno o dos que tendían las ramas deshojadas a los cuatro vientos, doblados y retorcidos por siglos de tormentas, tan ennegrecidos por el tiempo y la inclemencia que, aunque la primavera soplara en semejantes parajes, las yemas no se atreverían a convertirse en hojas por temor a que las matara una helada tardía. Era una tierra de maleza sin setos ni prados, un país de piedras, brezo negro y piornos enanos.

Aquí jamás habría una estación amable, pensaba Mary; o era crudo invierno, como hoy, o el calor seco y abrasador del verano, sin el refugio de un valle umbrío siquiera, solo hierba que se volvería amarilla antes de finales de mayo. La intemperie había teñido la tierra de gris. También la gente que se veía en el camino y en los pueblos era distinta, en consonancia con el terreno. En Helston, donde ella subió al coche, todavía pisaba suelo conocido. ¡Cuántos recuerdos de infancia dejaba en Helston! El trayecto semanal al mercado con su padre aquellos días lejanos; después, cuando se lo arrebataron, la fortaleza con la que su madre ocupó su lugar yendo y viniendo en invierno y en verano, como hacía él, con las gallinas, los huevos y la mantequilla en la parte de atrás del carro, y Mary a su lado sujetando una cesta tan grande como ella, con la pequeña barbilla apoyada en el asa. Los habitantes de Helston era amables; conocían y respetaban a las Yellan, porque la viuda había tenido que luchar mucho en la vida al morir su marido y pocas mujeres habrían podido vivir solas con una hija y una granja que atender y sin pensar ni una sola vez en casarse con otro. Un campesino de Manaccan se lo habría pedido, si se hubiera atrevido, y otro más, río arriba, en Gweek, pero a ella se le veía en los ojos que no se habría quedado con ninguno de los dos porque pertenecía en cuerpo y alma al hombre al que había perdido. Al final, fue el duro trabajo de la granja lo que la venció, porque no se daba tregua y, aunque había puesto en el empeño toda su energía a lo largo de los diecisiete años de viudedad, no pudo responder cuando llegó la última prueba y el corazón le falló.

Había ido perdiendo reses poco a poco y, con los malos tiempos que corrían —según le decían en Helston— y la caída en picado de los precios, nadie tenía dinero. Más al norte sucedía otro tanto. La hambruna no tardaría en llegar a las granjas. Además, una enfermedad atacó la tierra y mató todo el ganado de Helford y alrededores. La enfermedad no tenía nombre ni se descubrió ningún remedio. Era un

mal que caía sobre todas las cosas y las destruía como una helada tardía que llega con la luna nueva y desaparece dejando un rastro de cosas muertas. Fue una época de preocupación agotadora para Mary Yellan y su madre. Vieron enfermar y morir uno tras otro los pollos y patos que habían criado; la ternera se derrumbó en el prado en el que pastaba. Lo peor fue la vieja yegua que les había servido veinte años, sobre cuyos lomos anchos y fuertes había montado Mary por primera vez de pequeña. Murió una mañana en el establo, con la fiel cabeza en el regazo de la muchacha; y después de cavar una fosa para ella al pie del manzano del huerto y de enterrarla, sabiendo que nunca más volvería a llevarlas a Helston el día de mercado, la madre le dijo a su hija:

—Una parte de mí se queda en esta tumba con la pobre Nell, Mary. No sé si es la fe o qué, pero el corazón me ha dicho basta, no puedo más.

Entró en casa y se sentó en la cocina, blanca como la pared y diez años mayor que la edad que tenía. Se encogió de hombros cuando Mary le dijo que iba a buscar al médico:

—Ya es tarde, hija; diecisiete años tarde.

Y la que nunca había llorado rompió a llorar en silencio.

Mary fue a buscar al médico que vivía en Mawgan y que la había traído al mundo y, cuando volvían en su calesín, la miró con una expresión de impotencia.

—¿Sabes lo que tiene tu madre, Mary? Que se ha deslomado mental y físicamente desde la muerte de tu padre y al final ha reventado. No me gusta esto. Corren malos tiempos.

Pasaron por el sendero sinuoso hasta la granja de lo alto del pueblo. Una vecina, compungida por las malas noticias que tenía que darles, salió a recibirlos a la cancela.

—Tu madre está peor —gimió—, salió a la puerta hace un momento y parecía un espectro; temblaba de pies a cabeza y se desmayó en medio del camino. Enseguida vinie-

ron la señora Hoblyn y Will Searle; entre los dos la llevaron dentro, pobrecita. Dicen que tiene los ojos cerrados.

El médico apartó firmemente a la pequeña multitud boquiabierta que se apiñaba en la puerta. Entre él y Searle levantaron el cuerpo inmóvil del suelo y lo llevaron arriba, al dormitorio.

—Es un infarto —dijo el médico—, pero respira y el pulso es normal. Justo lo que me temía... que se quebraría de repente, así. Solo el Señor y ella saben por qué ha sido precisamente ahora, después de tantos años. Mary, ahora tienes que demostrar que eres hija de tus padres y ayudarla en este trance. Eres la única que puede hacerlo.

Seis largos meses o más cuidó Mary a su madre en esta primera y última enfermedad de su vida, pero, a pesar de los desvelos del médico y de su hija, la viuda no quería reponerse. Había perdido el deseo de luchar por la vida.

Era como si anhelara la liberación y rogara en silencio que llegara enseguida. Le dijo a Mary:

—No quiero que vivas deslomándote como yo. Acabarías con el cuerpo y el espíritu destrozados. Cuando yo me vaya no habrá nada que te ate a Helford. Lo mejor que puedes hacer es irte a Bodmin, a casa de tu tía Patience.

De nada sirvió que Mary le dijera que no iba a morir: se le metió entre ceja y ceja, no hubo forma de quitárselo de la cabeza.

—No quiero dejar la granja, madre —le respondió—. Nací aquí, y también padre, y tú eres de Helford. Los Yellan son de aquí y aquí tienen que vivir. No temo la pobreza ni que la granja se hunda. Has llevado todo esto tú sola diecisiete años, ¿por qué no iba a hacer lo mismo yo? Soy fuerte; puedo trabajar como un hombre y lo sabes.

—No es vida para una chica —dijo la madre—. Yo lo he hecho todos estos años por tu padre y por ti. Trabajar por alguien da tranquilidad y satisfacción a una mujer, pero trabajar solo por ti no es lo mismo. En eso no pone una el corazón.

—No sabré qué hacer en la ciudad —dijo Mary—. Esto es lo único que conozco, esta vida a la orilla del río, y no quiero irme. Para ir a la ciudad me basta con Helston. Estoy mejor aquí, con las pocas gallinas que nos quedan, la verdura del huerto, el viejo cerdo y la barquita del río. ¿Qué iba a hacer yo en Bodmin con mi tía?

—Una chica no puede vivir sola, Mary, porque se vuelve loca o mala. No hay vuelta de hoja. ¿No te acuerdas de la pobre Sue, que salía de noche a pasear por el cementerio de la iglesia cuando había luna llena, llamando a los amantes que nunca había tenido? Y, antes de que nacieras, hubo una niña que se quedó huérfana a los dieciséis años. Se escapó a Falmouth para juntarse con los marineros.

»Me removería en la tumba, y tu padre también, si te dejara sola. Tu tía Patience te gustará; siempre fue alegre y juguetona y con un corazón que no le cabía en el pecho. ¿Te acuerdas de cuando vino a vernos, hace doce años? Llevaba una capota con lazos y enaguas de seda. Un hombre que trabajaba en Trelowarren se fijó en ella, pero ella creía que merecía algo más.

Sí, Mary se acordaba de tía Patience, de su flequillo rizado y sus grandes ojos azules, y de cómo se reía y parloteaba y se levantaba las faldas para cruzar el patio. Era bonita como un hada.

—De tu tío Joshua nada puedo decirte —continuó la madre— porque nunca lo he visto ni conozco a nadie que sepa cómo es. Pero, cuando se casó con él, por San Miguel hizo diez años, tu tía me escribió una carta atolondrada, llena de tonterías dignas de una niña, no de una mujer de más de treinta años.

—Les pareceré una paleta —dijo Mary lentamente—. No soy tan fina como creerán que debo ser. No sabría qué decir.

—Te querrán por ti misma, no por tu donaire ni por tu hermosura. Hija, tienes que prometerme que, cuando me

vaya, escribirás a tu tía y le dirás que mi última y más preciada voluntad es que te vayas a vivir con ella.

—Te lo prometo —dijo Mary, pero se le encogió el corazón al pensar en un futuro tan inseguro y diferente, sin nada de todo aquello que conocía y amaba, sin contar siquiera con el consuelo y el apoyo de los parajes trillados y conocidos cuando llegaran los malos momentos.

La madre se debilitaba a ojos vistas; se le escapaba la vida día tras día. Resistió toda la temporada de la cosecha y la recogida de la fruta, incluso los primeros días de la caída de la hoja. Pero, cuando llegaron las nieblas matinales y las heladas endurecieron la tierra, cuando el río se hinchó y empezó a llegar desbordado al mar rugiente, y las olas rompían estruendosas en las pequeñas playas de Helford, la viuda se revolvió inquieta en el lecho, dando tirones a las sábanas. Llamó a Mary por el nombre de su difunto marido y le habló de cosas pasadas, de gente que la joven no había conocido. Pasó tres días en un mundo propio y al cuarto murió.

Mary vio pasar una a una, a manos de otros, las cosas que amaba y entendía. El ganado fue a parar al mercado de Helston. Los muebles se los llevaron los vecinos pieza a pieza. Un hombre de Coverack se encaprichó con la casa y la compró; paseaba por el patio con la pipa en la boca, señalando los cambios que iba a hacer y los árboles que iba a talar para despejar la vista; ella lo miraba por la ventana con mudo aborrecimiento mientras guardaba sus escasas pertenencias en el baúl de su padre.

Este desconocido de Coverack hizo de ella una intrusa en su propia casa; le veía en la mirada las ganas que tenía de que se fuera de una vez, y ahora ella solo pensaba en alejarse de todo aquello, en darle la espalda para siempre. Volvió a leer la carta de su tía, escrita con letra apretada en papel sencillo. Le decía que lamentaba mucho la desgracia que le había caído en suerte, que no sabía que su hermana

estuviera enferma, que hacía mucho tiempo que no iba a Helford. Y continuaba:

Aquí ha cambiado mucho todo. Ya no vivo en Bodmin, sino a veinte kilómetros de la ciudad, en la calzada de Launceston. Es un lugar asilvestrado y solitario y, si vinieras aquí, me alegraría contar con tu compañía en invierno. Se lo he preguntado a tu tío y dice que le parece bien, siempre y cuando hables en voz baja, no charles demasiado y ayudes cuando haga falta. Como comprenderás, no puede pagarte ni darte de comer por nada. Espera que ayudes en la cantina a cambio de comida y alojamiento. Es que tu tío es el patrón de la posada Jamaica.

Mary dobló la carta y la metió en el baúl. Para ser un mensaje de acogida de la risueña tía Patience que recordaba le pareció muy raro.

Era una carta fría y seca, sin palabras de consuelo, sin decir nada claramente, solo que su sobrina no debía pedir un sueldo. Tía Patience, con sus enaguas de seda y sus modales refinados, ¡la mujer de un posadero! Mary pensó que su madre no debía de estar al corriente. Era una carta muy distinta de la que había escrito una feliz recién casada hacía diez años.

Sin embargo, había hecho una promesa a su madre y no podía desdecirse. La casa estaba vendida; ahí ya no había sitio para ella. La recibiera como la recibiera, su tía era la hermana de su madre, eso no debía olvidarlo. La vida tal como la conocía quedaba atrás: su querida granja y las brillantes aguas del Helford. Delante se abría el futuro... y la posada Jamaica.

Y así fue como Mary Yellan inició el viaje hacia el norte en Helston, en una diligencia que no dejaba de traquetear y bambolearse; cruzó la ciudad de Truro, en el nacimiento del Fal, con sus múltiples tejados y agujas, sus anchas calles

empedradas, el cielo azul que todavía recordaba al sur, y la gente sonriente a la puerta de las casas, que saludaba a los carruajes al pasar. Pero, cuando Truro quedó atrás, en el valle, el cielo se encapotó y el paisaje se tornó agreste y baldío. Ahora los pueblos aparecían dispersos y muy pocas caras risueñas salían a la puerta de las casitas. Los árboles escaseaban; no había setos. El viento empezó a soplar. La diligencia entró dando tumbos en Bodmin, una ciudad gris e imponente como los montes que la rodeaban; los pasajeros empezaron a recoger sus cosas disponiéndose a apearse, todos menos Mary, que seguía muy quieta en su rincón. El cochero, completamente empapado por la lluvia, la miró por la ventanilla.

—¿Sigue usted el viaje hasta Launceston? —le preguntó—. Cruzar los páramos va a ser una locura esta noche, con el tiempo que hace. Puede quedarse en Bodmin y coger la diligencia de la mañana, ya sabe. Los viajeros de esta se quedan todos aquí, menos usted.

—Me esperan unos amigos —dijo Mary—. No me da miedo el trayecto. Tampoco quiero llegar hasta Launceston; ¿podría dejarme en la posada Jamaica?

El hombre la miró con curiosidad.

—¿En la posada Jamaica? —dijo—. ¿Qué se la ha perdido a usted en la posada Jamaica? No es sitio para una muchacha. Seguro que se trata de un error.

Se quedó mirándola con dureza, sin creer lo que había oído.

—Ah, sí, ya sé que es un paraje solitario —dijo Mary—, pero, como no soy de ciudad... La ribera del Helford, de donde soy, es muy tranquila en invierno y en verano, pero nunca me ha pesado la soledad.

—Yo no he dicho nada de la soledad —replicó el cochero—. A lo mejor es que no lo entiende, claro, al no ser de por aquí. No estoy hablando de los veinte kilómetros de páramo, aunque solo eso sería bastante para asustar a cualquier muchacha. Espere un momento.

Volvió la cabeza para llamar a una mujer que estaba en la puerta del Royal encendiendo la lámpara del porche, porque ya se había hecho de noche.

—¡Señora! —le dijo—. Venga aquí a hablar con esta jovencita. Me dijeron que iba a Launceston, pero ahora me pide que la deje en la posada Jamaica.

La mujer bajó los escalones y se asomó por la ventanilla del carruaje.

—Aquello es un erial agreste —le dijo— y, si lo que busca es trabajo, en las granjas no se lo van a dar. A los del páramo no les gustan los forasteros. Se las arreglaría usted mejor aquí, en Bodmin.

Mary le sonrió.

—No me pasará nada —dijo—. Voy a casa de unos familiares. Mi tío es el patrón de la posada Jamaica.

Hubo un largo silencio. En la luz grisácea del carruaje Mary vio que la mujer y el hombre la miraban. De pronto sintió un escalofrío de preocupación; quería que la mujer le dijera algo tranquilizador, pero se apartó de la ventanilla.

—Lo siento —dijo, hablando despacio—. Esto no es asunto mío, desde luego. Buenas noches.

El cochero se puso colorado y empezó a silbar como quien quiere desentenderse de una situación embarazosa. Impulsivamente, Mary se echó hacia delante y le tocó el brazo.

—Dígamelo, por favor —le rogó—. No me asustaré de lo que me cuente. ¿Es que la gente no aprecia a mi tío? ¿Pasa algo?

El hombre parecía muy incómodo. Habló entre dientes, sin mirarla a los ojos.

—La posada Jamaica tiene mala fama —dijo—; se cuentan cosas raras de esa posada, usted ya me entiende. Pero no quiero líos... A lo mejor no son ciertas.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Mary—. ¿Van muchos borrachos por allí? ¿Es eso? ¿Mi tío frecuenta malas compañías?